

BELEN

Clara Isabel Maldonado

Para empezar desde el principio tendría que remontarme a aquellos años antes de nuestra partida al exterior, cuando vivíamos en esta antigua casa de piedra, sólida y firme, tanto como sus dueños, la pareja de ancianos que nos acogieron como si fuéramos su propia familia. Tanto cariño les teníamos que mis hermanos y yo los llamábamos “los abuelos”.

Desde que tengo memoria, en vez de estar afuera jugando como los otros niños, estábamos sentados en las faldas de los abuelos, escuchando maravillosas historias de tiempos idos, codeándonos con extraños personajes salidos de oscuras leyendas, aprendiendo tradiciones olvidadas, divisando duendes en cada rincón de la vieja casa... los abuelos siempre tenían tiempo para nosotros. Lamentablemente el tiempo que nosotros teníamos para ellos terminó abruptamente con nuestra apurada partida del país, cuando mi familia tuvo que desaparecer por quién sabe que razones políticas que nunca supe ni me atreví a preguntar.

Allí quedaron los ancianos, con el corazón partido después de que los dejamos. Tanto así que decidieron no rentar más la casita vacía al final del jardín, que habíamos ocupado nosotros por tantos años.

En sus cartas nos contaban cómo se les pasaban los días, ahogándose en la inercia de los años y la soledad; hasta que por sugerencia de mi madre, ya que no querían rentar el lugar vacío permanentemente (quizás para no encariñarse nunca más con nadie que tarde o temprano los iba a dejar), aceptaron la idea de ofrecer albergue a viajeros que venían por algunas semanas o meses, de paso o de vacaciones, a la ciudad.

Muchos vinieron y se fueron, disfrutando de la hospitalidad de los abuelos y dándoles una razón para sentirse útiles y activos, tanto que a veces la energía les faltaba y cerraban el albergue temporalmente, reabriéndolo en verano. En sus cartas nos contaban del turista que había venido desde Europa sólo para ver las ruinas de los Incas en el Altiplano, del médico inglés que decidió dejarlo todo para ir a trabajar en esos lugares más pobres donde era más necesitado, de la escritora que viajaba de un lugar a otro con nada más que una mochila y su libreta de notas, empeñada en escribir el libro más completo sobre las costumbres y vida latinoamericanas... hasta que los nombres en las cartas empezaron a reducirse sólo a uno: Belén. Belén llegó con sus padres, Belén se fué temprano por que el colegio en el campo empieza antes que en la ciudad, Belén volverá el próximo verano...

Así fué como supe de Belén, que las palabras de los abuelos describían como una muchacha adorable, llena de alegría y de vida, que un día llegó del campo con sus padres para pasar unas semanas en la ciudad y se enamoró de tal manera del lugar y de los ancianos, que convenció a su familia para volver al siguiente año, y así, por casi cuatro años, hasta que Belén consiguió permiso para ir sola a quedarse donde los abuelos cada año desde diciembre hasta principios de Febrero. Belén tenía sólo trece años la primera vez que los abuelos la nombraron.

Belén empezó a enredarse no sólo en las cartas de los abuelos sino también en mis sueños, y luego, lentamente, en mi vida diaria. A pesar de llevar tantos años en el extranjero, y de haber salido tan joven de mi patria, aún tenía la idea fija en mi mente de que volvería a ella para buscar a la compañera de mi vida. A mis veintidós años, estaba enamorándome de un nombre sin rostro ni forma, hasta que en mi curiosidad les pedí a los abuelos que me enviaran una fotografía. Era exactamente como me la imaginaba; morena, con los ojos rasgados y las mejillas llenas, con los rasgos híbridos de quien es descendiente de indígenas y europeos, el cabello negro siempre recogido en dos trenzas, el uniforme escolar azul a cuadros, y una chispa por siempre joven en los ojos.

Asuntos de la familia, negocios y una bien merecida vacación se entrelazaron ese año para la realización de mi viaje de vuelta, después de ocho años de ausencia. Naturalmente, iba a alojarme donde los abuelos... Durante los meses de preparación del viaje no cabía en mí mismo con el nerviosismo y la excitación de ver mi tierra a la que había dejado a los quince años, de ver a mis queridos viejitos...y a aquella joven de fantasía a la que, sin ninguna explicación, los abuelos habían empezado a mencionar cada vez menos en sus cartas.

Cuando llegué, tampoco cabía en mis sentidos; tras la primera impresión de ver todo aquello, tan lejano y familiar a la vez, me sobrevino una embriaguez de locura y nostalgia indescriptibles; pero todo se apagó al encontrarme con estas dos sombras esperándome, dos figuras casi inexistentes...allí estaban los abuelos, a los que apenas una chispa de alegría se les encendió en los ojos transparentes cuando me vieron. Presentí que algo andaba terriblemente mal...Me contarian después que el anterior verano al no llegar Belén en la fecha acostumbrada, escribieron a sus padres preguntando por ella, para enterarse de que una extraña enfermedad en la sangre que ella portaba desde que había nacido se había manifestado finalmente y Belén estaba enferma y débil, y no quería entristecerlos con su presencia. Esperaban lo peor en cuestión de pocos meses.

Los abuelos, desesperados, les pidieron como un favor el que no les enviaran nunca ninguna noticia fatídica; que preferían imaginarla vívida y alegre para siempre, que en sus mentes, la tendrían siempre como la habían visto allí con ellos. No querían tener ningún detalle de su muerte. Era la única voluntad un poco egoísta que tenían los viejitos en el último recodo de sus propias vidas, y así la cumplieron los padres de Belén. Desde entonces no supieron más de ella. Sin embargo eso no los había ayudado, y se estaban consumiendo lentamente, y aunque mi presencia los alegró bastante, pensé tristemente que sería sólo en forma temporal pues así como había llegado me iría en pocas semanas.

Esa misma tarde, abrumado por la noticia, por la tristeza en los ojos de los abuelos y por las constantes impresiones que asaltaban mis sentidos donde sea que miraba: las calles que había recorrido cuando niño, el jardín donde jugaba, el parque donde corría con mis hermanos, la vieja casa con sus hechizos en contraste con los nuevos edificios, las nuevas calles, y aquel retrato de Belén congelado en una sonrisa eterna sobre el aparador en la sala...- decidí salir por un momento, a caminar a solas, a recorrer esas calles viejas y ordenar mis pensamientos.

-Hijo, anda con cuidado que han puesto vías nuevas y hay mucho más tráfico por los alrededores; muchas cosas han cambiado, muchacho; y no te vayas a perder -me dijo la abuela.

-Lleva tus documentos, hijo, por que a veces los guardias paran a la gente en la calle y si no tienen documentos se los llevan, no tienes idea de cómo están las cosas por aquí... - agregó el abuelo.

Después de escuchar una serie de recomendaciones salí pensando: pensaba en la vida efímera de algunos, que mueren jóvenes, y en la larga existencia de otros como los abuelos, que quizás estaban simplemente esperando para morir. Pensando en la soledad, y en aquel fuerte sentimiento de vacío que me llenaba, y que era más fuerte que los otros sentimientos que también me abrumaban al encontrarme allí después de tanto tiempo. Tantas cosas llevaba en mi cabeza, tan ensimismado estaba en mis pensamientos, que el rugido de un motor al estar cruzando yo una calle descuidadamente, y un golpe seco, me sacaron de mi trance como si un rayo me hubiera atravesado; sin embargo miré alrededor y no ví nada; la calle estaba extrañamente callada y vacía, ni siquiera las hojas de los árboles parecían moverse, hasta el viento se había suspendido. Seguí caminando, como hipnotizado, y me crucé con un grupo de personas que caminaban risueñas casi sin pisar

el suelo, y de pronto entre ellas, ví a esta muchacha, morena, con el largo pelo recogido en dos trenzas, y vestida con su uniforme escolar azul a cuadros.

Pasó junto a mí, fresca, natural, dejando una estela de polvo blanco detrás de ella, casi rozando mi brazo y sin verme siquiera (pensé primero, será que no me ha reconocido, y luego me expliqué a mí mismo, Alejandro, ella nunca te ha visto, solamente la viste tú en fotografías...) y apenas conseguí sacar voz de mi garganta para gritar.

-¡Belén, Belén! -grité, corriendo hasta agarrarla por el brazo, al mismo tiempo que ella se daba la vuelta, sonriéndome sin saber quien era. No me puse a pensar que hacía ella caminando por allí, en dirección a la casa de los abuelos sin ningún equipaje, ningún anuncio, y todavía vestida con su traje de colegio, como yo la recordaba. Lo único que podía pensar en esos momentos, a parte de mi propia alegría, era lo que empecé a repetirle, mientras caminábamos de vuelta juntos:

-¡Los abuelos se van a alegrar tanto de verte!; Los abuelos estarán tan contentos!

Sin embargo, al entrar en la sala y no encontrar a nadie en la casa vacía, al no poder percibir ningún movimiento en todo el lugar, se acentuó aquella sensación que había sentido antes, de que el tiempo en alguna parte se había congelado; al mirar el reloj, cuyo péndulo parecía suspendido en el medio de un latido, una extraña realidad se fue apoderando de mí poco a poco, y comprendí entonces que ya no volvería nunca más al extranjero, y que mi familia allá recibiría pronto una carta que llevaría noticias fatales. Que el motor que había escuchado había sido tan real como el golpe que sentí; y que la muerte se siente a veces como una ráfaga que cruza el cuerpo y luego nada, nada más, sólo esa quietud interminable...

No obstante, por alguna razón, no sentía tristeza; supe también en ese momento que los queridos abuelos se reunirían conmigo pronto, uno después del otro. No sentía pena, y ni siquiera miedo de ninguna clase... Y estaba yo allí, en el medio de esa nada, sin poder explicarme aquella avalancha de sensaciones, aturdido en el mareo de lo absurdo, hasta que levanté los ojos y ví a Belén, apoyada en el marco de la puerta, sonriendo como tantas veces la ví en mis sueños, esperándome.